

J.P. GUMBERT, *Letras y coordenadas: enfoque cartesiano a una disciplina humana*, «SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita» 7 (2000) I.S.S.N. 1134-1165, Universidad de Alcalá, pp. 9-28.

LETRAS Y COORDENADAS: ENFOQUE CARTESIANO A UNA DISCIPLINA HUMANA

J. P. GUMBERT
RIJKS UNIVERSITEIT LEIDEN

I. NOMBRES Y DEFINICIONES

Un hecho cardinal acerca de la escritura es que no hay *una* escritura, sino muchas. El avance de la paleografía comenzó (con Mabillon) al distinguir varias escrituras distintas y desde entonces el progreso ha consistido mayormente en distinguir cada vez más escrituras y en darles nombres. En el siglo dieciocho se conocía la “uncial” y “semiuncial”; el veinte añadió la “cuarto de uncial”. Existía la “littera longobardica”; consiguientemente se distinguió la “merovíngica” y después dentro de ésta el “tipo de Luxeuil”, el “tipo ab”, el “tipo az”...

¿Qué es lo que distingue a una escritura para que merezca un nombre por sí misma? Es evidente que las páginas escritas concretas difieren entre sí, pero ¿cuáles son las diferencias que nos permiten decir que las páginas pertenecen a escrituras diferentes y no son meras variaciones de una misma escritura? No entraré a debatir estas cuestiones aquí, ni trataré el espinoso tema de la elección de los nombres que se les dan a esas escrituras: nombres que, históricamente son incorrectos o confusos, nombres diferentes para la misma escritura, el mismo (o casi el mismo) nombre para escrituras distintas... El problema más acuciante es que esos nombres son imprecisos.

El analizar textos y el dar nombre a las escrituras se hace principalmente para entender la historia de la escritura. Aquí hay dos “niveles”.

Uno es el de la *paleografía diacrónica*, que es la que se encuentra en los manuales. Nos dice que primero existía la capital, después la uncial, más tarde la semiuncial; primero la carolina, después la gótica, más tarde la humanística. Explica cuáles son las características de cada escritura; trata de comprender el

cuándo y el cómo y, quizá incluso, el porqué las escrituras cambian y finalmente se reemplazan por otras escrituras. Esto es la historia de la escritura. Si el conocimiento que tenemos es lo suficientemente preciso, se puede incluso afirmar que un manuscrito debe de datar de un cierto período, porque está escrito en tal o cual escritura.

El otro “nivel” es el de la *paleografía sincrónica*, que no se encuentra en los manuales. Aquí uno se pregunta qué escrituras fueron coetáneas, en un momento dado y en un marco cultural dado, en qué proporciones, qué gente pensó en esas escrituras, y por é, para ciertos trabajos, elegirían uno de los tipos de escritura disponible en lugar de otro.

El resultado ideal de ambas actividades y al mismo tiempo la condición necesaria de progreso continuo constituyen una comprensión clara de las escrituras en el contexto histórico, expresadas en una *nomenclatura que históricamente sea válida*.

Los nombres son necesarios, porque la paleografía (como otros estudios) se lleva a cabo mediante la *comparación* y la *distinción*; nuestra afirmación de que dos objetos son (en los términos que, en ese momento, consideremos relevantes) “el mismo”, o bien que “no son el mismo”, se expresa mediante los nombres. Estos nombres sirven en primer lugar para concienciarse de lo que se ha visto: pueden incluso ayudar a verlo, a *observarlo*. Entonces ayudan a observar otros casos y a *compararlos*. Finalmente se necesitan para *explicar* a otros lo que se ha observado.

Los nombres, no obstante, son una reducción del objeto. Al dar un nombre, no se puede mantener un objeto en su complejidad natural individual; se tiene que despojar de la mayor parte de su carácter propio; sólo a través de esa reducción (una digitalización, por así decir) se puede hacer que el material sea apto para tratarse, compararse y comunicarse. (¡Esto implica que el resultado de la comparación depende del grado y la naturaleza de la reducción previa!) No se debería olvidar que cualquier nombre, por muy válido que sea históricamente, es una reducción, una abstracción, con un elemento innegable de arbitrariedad en sí mismo.

Para que sea útil (para la comprensión, comparación y comunicación), un nombre debe ser *preciso*, es decir: debe tener *un significado exacto*. No debería meramente “sugerir” una “imagen”, sino que debería permitir afirmar sin ambigüedad si un ejemplo dado puede llamarse así o no. Lo ideal sería tener, para cada nombre una *definición* explícita. En paleografía, estamos todavía muy lejos de esa situación ideal. (La codicología, por otro lado, ha hecho grandes progresos:

aquí *sí* que tenemos definiciones.¹ La importancia de este avance no puede sobrevalorarse.) En tanto en cuanto nuestros términos no estén acompañados de definiciones claras y precisas, serán imprecisos, con una zona gris de incertidumbre a su alrededor; uno nunca sabrá si un juicio emitido por alguien sobre un ejemplo ligeramente atípico será compartido por otro especialista y de igual manera ;si están hablando de lo mismo!

Desde hace algún tiempo la gente ha empezado a preguntarse si los métodos científicos, o matemáticos pueden contribuir a la claridad y precisión en paleografía. Para empezar, la pregunta, incluso aunque se plantee de la manera más humilde posible, tiende a provocar reacciones violentas en un amplio sector del mundo paleográfico. Muchos de nuestros colegas parece que tienen un terror patológico, no a los ratones o a las arañas, sino a los números. Dirán que la escritura es una actividad humana y espiritual y *por tanto* no puede o debe contarse o medirse nunca; sólo se cuentan las cosas muertas y, si se mide la escritura, se muere. Otros, menos extremistas, consideran que hasta ahora quienes han medido letras no han producido nada útil y por tanto nada útil se producirá nunca de esa forma.² Piensan en la obra *L'Expertise* de Gilissen, donde se aplica la precisión matemática, no a la nomenclatura, sino a otro problema eterno de la paleografía: el de distinguir las manos. Pese a constituir un intento audaz, debe considerarse un fracaso: hay demasiados errores metodológicos.³ Y de esta forma el uso de las matemáticas en paleografía no se ha mostrado aún de utilidad. Lo que quiero tratar aquí es otro enfoque "científico" de la escritura, que se ha revelado, en mi opinión, valioso.

2. DE LIEFTINCK AL CUBO

En la década de los cuarenta, G.I. Lieftinck había trabajado en un catálogo de los manuscritos holandeses de la Biblioteca de la Universidad de Leiden y había observado que las escrituras podían agruparse en tres grandes categorías: -una escritura bastante tradicional, que se encontró (dejando a un lado el siglo

¹ Esto evidentemente se refiere a D. MUZERELLE, *Vocabulaire codicologique*, París 1985 y a sus "traducciones" ampliadas y actualizadas de M. MANIACI, *Terminologia del libro manoscritto*, Roma 1996 y P. OSTOS, M.L. PARDO y E.E. RODRÍGUEZ, *Vocabulario de codicología*, Madrid 1997.

² Véase, por ejemplo, el debate recogido en "Commentare Bischoff" en «Scrittura e Civiltà» 19 (1995) pp. 325-348 (especialmente Gasparri, Pratesi), 20 (1996) pp. 401-407 (Petrucci), que continúa en el número 22 (Gumbert).

³ L. GILISSEN, *L'Expertise des écritures médiévales*, Gand 1973; véase E. ORNATO, *Statistique et paléographie ...*, «Scriptorium» 29 (1975), pp. 198-234 (ahora también en su *La face cachée du livre médiéval*, Roma 1997, pp. 567-605).

trece, del que tenemos pocos manuscritos) en el siglo catorce, pero también en muchos libros del quince todavía; -una escritura de origen administrativo, que durante el siglo catorce fue ganando terreno en los libros de calidad modesta, pero que en el quince podía aparecer como una escritura libraria muy aceptable; -y una escritura nueva, sólida y práctica, que empezó a extenderse hacia el 1425 y para mediados de siglo se había convertido en la escritura más usada. (Véanse las láminas 1-3.) A estos tres tipos les dio nombres derivados de las hojas de las escrituras maestras: *textualis* - *cursiva* - *bastarda*. De esta forma publicó la nomenclatura en el catálogo, en 1948; de esta forma lo presentó durante un coloquio en París, 1953 y lo publicó en 1954;⁴ pero, dado que durante el coloquio los franceses no podían aceptar el término “bastarda” (ya que en Francia este nombre ya se usaba para una escritura diferente), Lieftinck “tradujo” la palabra ofensiva al nuevo término *hybrida*. (Lieftinck había completado su nomenclatura mediante una división en niveles de calidad: *formata*, *libraria* (o *textualis*) y *currens*; esto dio lugar a nombres como *textualis formata*, o *cursiva libraria*. Por una parte una división así era razonable: todo el mundo sabe que algunos manuscritos están escritos “mejor” que otros; por otra parte es inevitable ser subjetivo; también a la gente le resultó difícil comprender: se negaron a entender que una *textualis currens* y una *cursiva textualis* son cosas muy diferentes - una es una *textualis* ejecutada de forma apresurada y ordinaria, la otra, una *cursiva* ejecutada de forma adecuada como para que se use en un libro. Pero no voy a hablar aquí de esa parte del sistema de Lieftinck.)

Así, durante el final del siglo quince y principios del dieciséis en los Países Bajos, se distinguían tres escrituras; y cualquiera que conozca los manuscritos en cuestión admitirá que la distinción es realista: se corresponde con la situación histórica real. Los tres grupos parecen bastante diferentes. En la mayoría de los casos se puede ver a primera vista a qué grupo pertenece un manuscrito. Lieftinck tenía razón, sin más.

Sin embargo, las cosas no son tan simples, como descubrimos al preparar el Volumen I del *Catalogue des manuscrits datés conservés dans les Pays-Bas* (eso fue en 1962, cuando acaba de convertirme en el ayudante de Lieftinck).⁵ Este volumen contiene los manuscritos de origen no holandés y Lieftinck había decidido ordenar las láminas según los grupos paleográficos, no sólo según la

⁴ G.I. LIEFTINCK, *Codicum in finibus Belgarum ante annum 1550 conscriptorum ...*, Leiden 1948, pp. x-xiii; id., *Pour une nomenclature de l'écriture livresque de la période dite gothique. Essai s'appliquant spécialement aux manuscrits originaires des Pays-Bas médiévaux*, en *Nomenclature des écritures livresques du IX^e au XVI^e siècle*, Premier colloque international de paléographie latine, París 1954, pp. 15-33.

⁵ G.I. LIEFTINCK, *Catalogue des manuscrits datés conservés dans les Pays-Bas I*, Amsterdam 1964; véase pp. xiii-xvii.

fecha. Y, con centenares de fotografías en mesas enormes, vimos que, aunque la mayoría de los manuscritos no holandeses, encajaban incluso fácilmente en las categorías de Lieftinck, quedaba un buen número de ejemplares a los que a simple vista no se les podía asignar un lugar - un número excesivamente grande como para ignorarlo. En ese momento empezamos a usar algunas letras características que nos ayudaran a tomar decisiones, y también a abrir una categoría de manos que se negaban a “encajar en el sistema” de la nomenclatura de Lieftinck. Las letras que resultaron particularmente útiles fueron la *a*, los trazos ascendentes de *b h k l*, y *s f*. Así la morfología sirvió para tomar decisiones de tipo estilístico. Pero examinar las letras de análisis sólo era una ayuda para un agrupamiento que, en esencia, permaneció como estilístico e histórico.

Muy gradualmente empecé a transmutar este método en otro, donde las letras características, en vez de ser un truco auxiliar, se convertían en el centro. Al principio fue como si fuera el mismo sistema visto desde otro lado; al final me encontré con que había diseñado un sistema diametralmente opuesto. No hace falta que explique aquí los pasos precisos de mi andadura privada; digamos sencillamente que, partiendo de una nomenclatura *histórica*, terminé con una *cartesiana*.⁶

El punto central de este enfoque “cartesiano” es que no se toman las letras de análisis - convenientemente reducidas a *a l s*- como una ayuda para refinar una distinción *históricamente* válida que se ha hecho ya visualmente, sino como un principio *morfológico* elegido arbitrariamente para clasificar escrituras, sin considerar para nada la validez histórica del resultado. El objetivo no es distinguir categorías históricas, sino simplemente “describir” las escrituras mediante criterios morfológicos *precisos*, definidos previamente y por tanto objetivos.

El método funciona de la siguiente manera: si se plantea una pregunta precisa a un manuscrito, se puede “situar” como si fuera la respuesta en un punto de una línea que cubre las posibles respuestas. Si se formula una segunda pregunta, se recibirá una segunda respuesta, en una segunda línea, que formará ángulos rectos con la primera para crear un sistema de coordenadas. Con una tercera pregunta, se construirá un sistema tridimensional de coordenadas.

En el caso tratado aquí las respuestas estarán, en esencia, limitadas a dos por cada pregunta. Las tres coordenadas son:

⁶ J.P. GUMBERT, *Iets over laatmiddeleeuwse schrifttypen, over hun onderscheiding en hun benamingen*, «Archief- en Bibliotheekwezen in België» 46 (1975), pp. 273-282; id., *Nomenclatur als Gradnetz. Ein Versuch an spätmittelalterlichen Schriftformen*, «Codices manuscripti» 1 (1975), pp. 122-125; id., *A Proposal for a Cartesian Nomenclature*, en J.P. Gumbert - M.J.M. de Haan (eds.), *Miniatures, Scripts, Collections, Essays* pres. to G.I. Lieftinck 4, Amsterdam 1976, pp. 45-52; la publicación más reciente: G.I. LIEFTINCK - J.P. GUMBERT, *Manuscripts datés conservés dans les Pays-Bas II*, Leiden 1988, pp. 22-32.

1. La letra *a*: ¿la forma caligráfica tiene “dos niveles”, es decir con una “cabeza” distinguible - o, por el contrario, ¿solamente tiene un nivel, sin cabeza? El extremo izquierdo de la coordinada horizontal corresponderá a la respuesta “con cabeza”, el extremo derecho a la otra posibilidad. (Véase Fig. 1)

2. La letra *l* (y otras letras con trazos ascendentes rectos): ¿tiene bucle (o una forma estilizada de bucle, o algún otro elemento que pudiera verse como un bucle a la derecha del trazo ascendente)?- o, por el contrario, ¿no tiene bucle (sino un elemento que comienza a la izquierda)? Estos constituirán los extremos de la coordinada vertical.

3. La *s* larga (y la *f*, las dos son similares normalmente): ¿termina en la línea con un pequeño pie? - o, por el contrario, ¿termina con un trazo por debajo de la línea (aunque sea sólo un poquito)? Estas serán los puntos extremos de la tercera coordenada.

Evidentemente hay ocho combinaciones de respuestas posibles, que son los ocho vértices de un cubo. (Véase la Fig. 2)

Para la mayoría de los manuscritos (especialmente los que están escritos con un cierto grado de cuidado caligráfico, lo que impone una restricción al número de formas variantes admitidas) es posible una respuesta unívoca a estas preguntas; y el manuscrito puede caracterizarse por esas respuestas. Por ejemplo, un manuscrito con *aes* simples, *eles* con bucles, y *eses* con trazos descendentes, se encontrará en el vértice anterior del cubo, a la derecha, abajo. A este punto se le ha dado un nombre; se le llama *C*. La combinación de respuestas que corresponde a ese punto es la *definición* de ese punto; y si el manuscrito corresponde a la definición, estará en ese punto.

Si se plantean las tres preguntas para un ejemplar típico de cursiva (como nuestra lámina 2), se encontrará generalmente que la muestra en cuestión corresponde a la definición de *C*. (Y evidentemente esta es la razón por la que ese punto se llama “*C*”. Pero debiera hacerse hincapié claramente en que, mientras el término *cursiva* de Lieftinck indica una *realidad histórica*, nuestra *C* es meramente una *definición*, una combinación arbitraria de las características morfológicas; y la conexión entre las dos es puramente nemotécnica: el punto *C* es el punto donde se encuentran los ejemplos de *cursiva*.)

De la misma manera, una *textualis* típica -que tiene la *a* con dos niveles, una *l* sin bucle y una *s* sin pie (como nuestra lámina 1) - se encontrará en el punto que, por razones nemotécnicas, se ha llamado *T*. Y el punto *H* será para la *hybrida* (véase la lámina 3).

Si esto fuera todo, no se necesitaría un cubo completo. Pero existen manuscritos que no corresponden a ninguna de estas tres definiciones. Por ejemplos, hay manuscritos en *cursiva* con una *a* de dos niveles, pero la *l* con bucle, la *s* con trazo descendente (lámina 4); su definición no es idéntica a la de *C* y su punto en el cubo se llama *A* (por razones que no hace falta explicar aquí). Otros manuscritos tienen *aes* que a veces tienen cabeza, a veces no (aparentemen-

te los escribas no consideraron que esto fuera un tema que requiriera una única decisión); se les asignará un lugar en el eje de la a , entre los dos extremos, y se les llamará A/C . Igualmente un manuscrito del tipo C o bien H en el que no se ha tomado una decisión sobre si la l debiera o no tener bucle se ubicará entre los puntos C y H y se llamará C/H (véase lámina 5)

De esta forma, cualquier manuscrito suministrará una respuesta a las tres preguntas y se podrá encontrar la definición correspondiente y asignarle al manuscrito su lugar en el cubo. El cubo funciona exactamente como una rejilla de grados de longitud y latitud en un mapa geográfico: no constituye en sí un rasgo geográfico, sino que proporciona un espacio en el que colocar los rasgos geográficos: cualquier montaña o lago puede suministrar respuestas a las preguntas sobre la posición geográfica y puede reflejarse en el mapa consecuentemente.

3. EL CUBO EN LA APLICACIÓN PRÁCTICA

Si se plantean las preguntas sobre un gran número de manuscritos holandeses del siglo quince, el resultado será: una gran concentración en el punto T , una concentración menor en el punto C , una mucho mayor en el punto H , con una estrecha banda de casos a lo largo de la línea C/H y prácticamente nada en el resto. Esta es la confirmación “cartográfica” de las tres categorías históricas de Lieftinck. (Figura 3.)

Para los manuscritos alemanes del mismo período, el resultado es diferente: en vez de dos concentraciones casi aisladas en C y H , se encuentra (aproximadamente) una zona amplia e indiferenciada que cubre estos dos puntos. (Figura 4.) Esto demuestra que el sistema de Lieftinck, que describe la situación holandesa de forma adecuada, no describe la situación alemana adecuadamente; existe una diferencia entre la paleografía holandesa y la alemana. Sin duda, la diferencia fue la causa de que el sistema de Lieftinck nunca encontrara adeptos en Alemania. Pero me gustaría señalar que la diferencia nunca habría sido tan comentada u observada tan claramente, si no se hubiera “representado” en el cubo.

Para los manuscritos holandeses del siglo catorce se encuentra otra situación igualmente: no sólo está vacío el punto H (que es la expresión cartográfica del hecho de que la *hybrida* no existiera todavía en ese momento), sino que se encuentra una extensión desde el punto C hacia el punto A ; ésta corresponde a un tipo de *cursiva* que desapareció hacia finales de siglo y de cuya existencia ni se había sospechado antes de que se representara. (Figura 5.)

Dicha explicación debería contribuir al entendimiento del cubo: los puntos no son realidades, sino definiciones abstractas; pero si se disponen los

datos en esta rejilla, se crea un instrumento que ayudará a la mejor observación de los hechos que ya se conocen y, quizá incluso a la observación de hechos que no se conocían. Y dado que nuestro conocimiento de las escrituras medievales está lejos de ser completo de momento, cualquier instrumento que ayude a observar mejor los datos debería ser más que bienvenido.

La naturaleza del cubo se hace más evidente si, en vez de considerar la situación en una región dada y en un período, se mira a lo que se ha encontrado en un punto dado en un número de regiones y períodos. Como ejemplo, tomemos el punto A (lámina 6). En los Países Bajos se encuentra un buen número de casos hasta el 1380, y muy pocos posteriores en el tiempo. En Alemania hay más casos y durante un período más extenso. Pero en el mismo punto uno se encuentra la típica cursiva inglesa conocida con el nombre de *littera anglicana*, que se utilizó durante buena parte del siglo quince. ¿Significa eso que las escrituras son “la misma”, porque aparecen en el mismo punto del cubo? Desde luego que no. Una escritura histórica no se convierte en dos escrituras porque abarque dos puntos del cubo; dos escrituras no se convierten en una porque compartan un punto. El cubo únicamente agudiza nuestra visión: nos hace constatar las diferencias dentro de una escritura o las semejanzas entre dos escrituras -divergencias y analogías que bien podrían haberse observado sin el cubo, pero que (probablemente) no se habían apreciado. Y, una vez observadas, tales diferencias y semejanzas son hechos paleográficos, que tienen interés.

Quiero ilustrar esto con algunas observaciones sobre el punto H. Ese es el lugar para la *hybrida* holandesa, desde aproximadamente el 1420. Pero en el mismo punto se encuentran otras escrituras que sí corresponden a la misma definición, pero, por tanto, no son *hybridae* holandesas. Especialmente hay un gran número de ejemplares italianos (y españoles) del siglo catorce. Estas son “escrituras H” sin ser *hybridae*. Si se quiere entender el origen de las *hybridae* holandesas resulta de capital importancia ser consciente del hecho de que las escrituras de la misma definición existieron en otro lugar, y en un período anterior; agudizará la vista y capacitará para proponer una teoría válida sobre el origen del fenómeno holandés. El cubo no genera evidencia histórica en sí -eso se queda para el investigador; pero puede proporcionar elementos que deben tomarse en cuenta y ¡eso ya es mucho! Para ilustrar este punto, consideremos algunos ejemplos españoles tomados del álbum de Canellas,⁷ fechados en 1422 (H), 1380 (C/H), e incluso 1290 (dos tipos de a, dos tipos de l, así K//C, o bien A//H) (Lámina 7). Se puede ver que la presencia de trazos ascendentes sin bucle

⁷ A. CANELLAS, *Exempla scripturarum latinarum ... pars altera*, Caesaraugustae 1966; se trata de las láminas 61, 59, 57. Algunos otros ejemplos: A. MILLARES CARLO, *Tratado de paleografía española*, 3ª ed., Madrid 1983, láminas 310 (H, 1409), 275 (H, 1383), 297 (C/H, 1351), 260 (H, 1285).

en una escritura temprana del tipo cursiva no tiene nada de destacable, en España al menos. Y esto arroja dudas sobre el intento⁸ de ver una influencia temprana de la escritura humanística en Valencia; ¡una influencia que se ha asumido (casi) únicamente sobre la base de la presencia de trazos ascendentes sin bucle! (Si estos constituían un signo de influencia humanística, toda Holanda después de 1425 sería humanística -lo cual, obviamente, no es así.)

Las escrituras caligráficas formalizadas no suelen presentar formas variantes: se prefiere una única forma de *a*, por ejemplo: y en consecuencia tenderán a encontrarse en los vértices del cubo. Si una escritura admite variantes de una de las letras analizadas, tenderá a ubicarse en uno de las aristas del cubo; con dos variantes, en uno de los lados; con tres variantes, en el interior. Es ahí donde se situarán las escrituras menos disciplinadas de “bajo nivel” y de uso cotidiano, por ejemplo las escrituras que, en el siglo trece, se encuentran entre la *textualis* de más bajo nivel y la incipiente *cursiva*. El cubo podría probablemente ser un instrumento útil para el estudio de este sector de la paleografía.

4. ¿SE PUEDEN HACER OTRAS COSAS CON EL CUBO?

En primer lugar: las tres preguntas, que determinan las tres dimensiones del cubo, se han elegido arbitrariamente. (Esto no es cierto en parte: se eligieron de forma inteligente, como resultado de nuestra trayectoria investigadora. Pero en la concepción “cartesiana” es esencial ser consciente de que se eligieron libremente por el autor del cubo, y que no derivan en modo alguno de las propiedades naturales ni del cubo ni de las escrituras.) Se pueden imaginar otras preguntas, lo que produciría otros cubos, que proporcionarían entonces otras perspectivas del material, quizá igual de iluminadoras y útiles como mi cubo “original”. Se podrían, por ejemplo, poner preguntas acerca de la forma de la *g*, o preguntar si la *m* tiene pies (lo que ocurre en un grupo interesante de escrituras cursivas). Queda por ver qué preguntas se revelan más útiles, por ejemplo para alguien que estudie la situación en España.

Una segunda posibilidad: cogemos los dos extremos de un eje (o arista) del cubo para los valores “puros”, por ejemplo una *a* de uno o dos niveles; el espacio entre los puntos extremos es para las manos donde se mezclan las dos formas -se podría calcular el porcentaje de la mezcla (por ejemplo: 20% de *aes* “simples”, 80% “dobles”) y consecuentemente asignarles lugares precisos. Esto significa que al principio se reconocen sólo dos formas de *a*. Pero en realidad hay

⁸ M^a Luz MANDINGORRA LLAVATA, *La escritura humanística en Valencia, su introducción y difusión en el siglo XV*, Valencia 1986 (tirado aparte de «Estudis Castellonencs» 3 (1986)). No hay nada de humanística en las láminas II, III, VII, IX, X - por ejemplo.

más formas de a . Se podría emplear el eje de la a para toda la escala de formas de a , con la forma original, la carolina, en el medio.⁹ Esta propuesta presenta ciertas ventajas. Por otro lado se pierde la posibilidad de indicar una mezcla de formas dentro de una mano.

La tercera posibilidad: ¿Por qué limitarse a tres preguntas? Si se formulan cuatro, cinco... preguntas, se puede imaginar todavía los espacios octagonales entre ellos; sólo que el cerebro humano no es capaz representar cubos en cinco dimensiones o más. Pero, ¿un ordenador pudiera ser capaz de hacerlo!

Y ¿si se quieren formular nueve preguntas, con entre tres y seis formas para cada pregunta e indicar la mezcla de formas al mismo tiempo? Un amigo mío¹⁰ propuso una técnica para eso (se parece a una especie de código de barras).

La cuestión es que el cubo no es el fin, sino sencillamente uno de los métodos más simples dentro de toda una familia, que tienen en común el que son métodos abstractos y cartesianos: *interpretaciones teóricas y abstractas*, que no pretenden representar la realidad sino únicamente sirven como fondo para ver la realidad. Tal enfoque cartesiano se basa en una reducción de los hechos casi al mínimo y es completamente a-histórica; pero, dado que se construye sobre *definiciones* precisas, es *inequívoca* y *transparente*. No proporciona un retrato de la realidad, sino un instrumento para mirar la realidad, y también para formular lo que se ha visto y para comunicarlo; y en este sentido es útil.

⁹ J.M. KITZMAN, *The Three-Dimensional Graphing of Scripts*, «Viator» 10 (1979), pp. 433-436.

¹⁰ Eelco BRUINSMA (sin publicar).




Lámina 1 La Haya, Biblioteca Real 131 G 7 f. 10: Libro de Horas en holandés, [Haarlem] 1457.
 Una textualis muy típica (con decoración, también típica, de Haarlem). Las letras de análisis a l s
 se han encontrado juntas en la palabra salte, en la segunda línea del texto: s larga con pie sobre la
 línea inferior; a en forma de dos niveles, l con un peque o elemento que empieza en la parte superior
 izquierda.

nationes hinc atq; meōna in hō si
 mul et semel in indiuidua opaci
 one ut aīa iōalis et hō sola ppetua
 ut aut in libro de aīa apte diffinit
 aīa mō se habz ad corp⁹ sicut etnū
 ad corrup⁹. Et et in lō harradi
 narū qui ex antiquissimis pphete
 loquens de aīa apte aīa mōi
 lis mōile corp⁹ hz et post. Quā
 egressa fuit a gūi cōre dē videbūt
 deū dominantē et pē tūc
 celsa a laborib⁹ neq; affligēis. Hō
 de aīa dicta sufficiant.

Explicit liber 29 de anima

Incapit liber 30 de monstru
 olis hominibus.


 Dōna de monstruos
 hōib⁹ oriente lib⁹ ppe
 Querendū pmo est

ego si
 delusa
 mail
 gis m
 Depre
 nū e
 terrā
 Jeron
 mra i
 capū
 si illu
 iōale
 deū u
 augu
 aīam
 formi
 man
 struo
 p alie
 estm

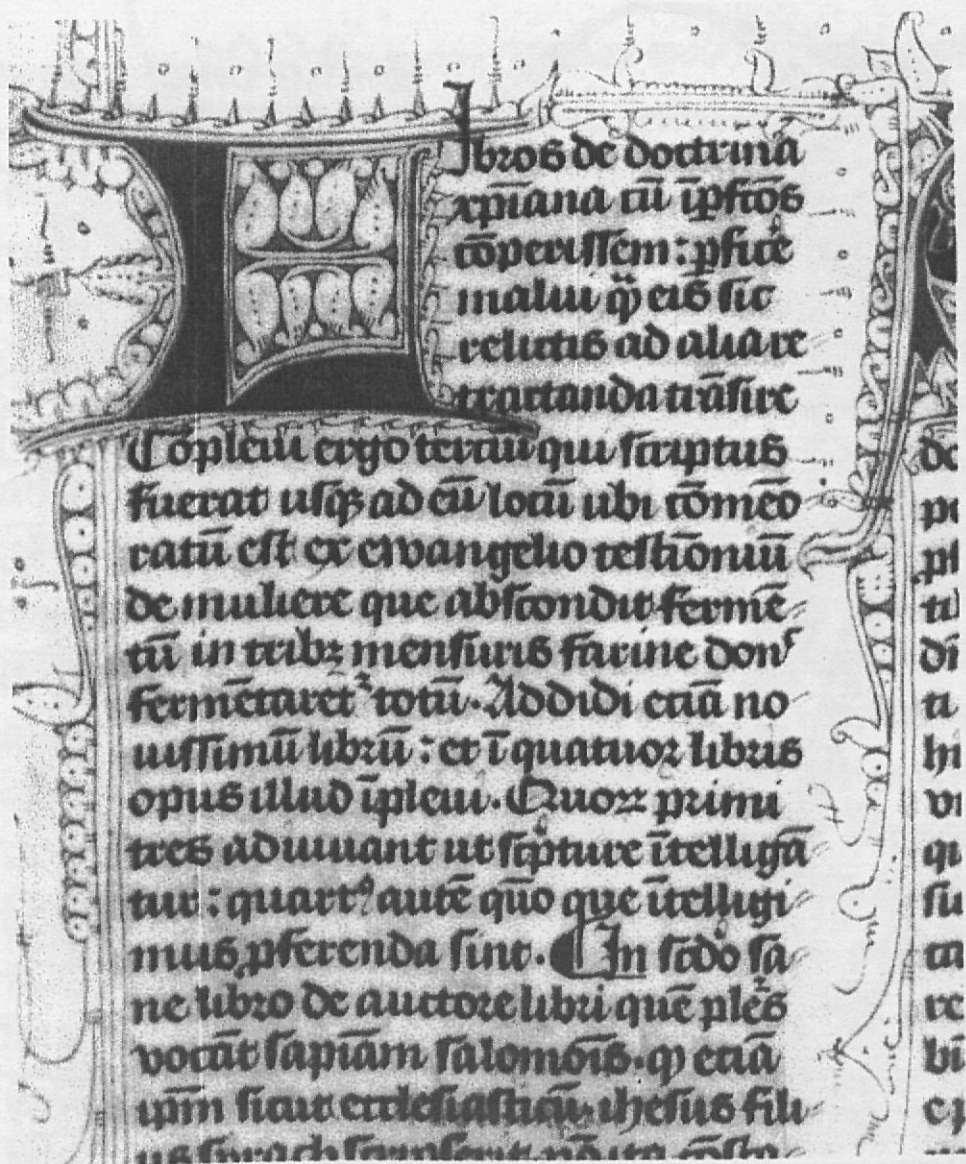


Lámina 3 Utrecht, Biblioteca Universitaria 65 f. 3: obras menores de San Agustín, Utrecht 1456 (escrito por un canónigo regular para la biblioteca de su convento). Una híbrida excelente. Las letras de análisis juntas en salomonis, línea 19: s, aunque no rebasa la línea, "casi" lo hace, ya que no tiene pie que apunte a la derecha, sino "abierto" y un final que tiende a la izquierda; a en un sólo nivel; l con un inicio desde la izquierda, sin bucle desde la derecha.



Lámina 4, Utrecht, Biblioteca Universitaria 255 f. 114v: Nic. de Lyra super Epistulas Pauli, Utrecht 1401 (escrito por un canónigo del cabildo de Santa María). Una cursiva temprana, se distingue de la cursiva "normal" por la forma de la *a* y la *g*. Las letras de análisis están en *salutantes*, la segunda línea debajo de la cabeza de la *P*: *s* con trazo descendente, *a* en dos niveles, *l* con bucle.

wyfs houft is der man ayaer god is dat houft
 yeghelijck man die mit bedeckden houfte beeder
 schufter vertreckt die lastert syn houft glo
 man dat is die ouerste redene waerz hi beed
 off schufter ontbyndet dan deit hi syné houf
 stande dat xpus is cest dat daer synlicheit o
 soracie tytliker dingsen tusschen is want hi s
 alle middel ende mantelinge mit synen hou
 m eyn vereynigheit soude syn teytraer yeg
 wyff die mit bloten houfte beedet off schuft
 vertellet die lastert haer houft want dat is
 altoe schentelich off men sy mell maecte
 cest dat sich dat wyff niet en decket men
 re sy. Ende es dat den wyue stande dat m
 scheere off caell maecte soe decke sy haer
 wlosa dat wyf is die synlicheit off die
 derste redene die sich alre decken off man
 tall onder haeren man dat is die ouerste red
 want het is der synlicheit grote stande dat
 lande man woer mode wille staen. dierome

Lámina 5 La Haya, Biblioteca Real 133 D 29 f. 50: Epístolas de San Pablo, en holandés, Maastricht 1467 (escrito por un fraile de la orden tercera de San Francisco). Una escritura a medio camino entre la *cursiva* y la *hybrida*. Las letras *a* y *s* son normales y homogéneas; pero la *l*, o más bien los trazos ascendentes, no tienen una forma clara: compárese *houft* sin bucle en las líneas 1 y 3, con *houfde* con bucle en la línea 2; o para la *k*, compárese *yeghelijck*, con bucle, y *bedeckden*, sin bucle, ambas en la línea 2.

nitate & a^umu
 miratu inq^o x^o fu
 p^o carofa. S^uc i
 x^o fuit p^oss^o p^o
 lignu cu^o cas inq^o
 p^ont^o p^oucava z i
 caritas z m^o h^o p^o
 die^o pass^o z mort^o
 nitate de p^osa d
 e p^octm^o crmo du

demonstrat. p^o resp^o se gr^o ede
 unat^o p^ouicant^o p^o p^ouicant^o gl^o
 odo p^ouicant^o n^o dicit^o p^ouicant^o
 p^ouicant^o ead^o dicit^o d^one p^ouicant^o
 dicit^o accepit^o d^ona p^ouicant^o ac^o
 na feat^o in magna q^o p^ouicant^o est
 p^ouicant^o p^ouicant^o m^o dicit^o p^ouicant^o
 dicit^o ad d^o d^ou^o refert^o p^ouicant^o
 t^o magn^o existens: fideles suos
 firmos fortes facit^o magnos b^o
 t^o s^ou^o n^ome eius: Et admonet
 o^o ad quos cu^o d^o p^ouicant^o
 dicit^o t^o in d^o d^o n^ome
 t^o p^ouicant^o crue ac salu^o

quos conue^o antiqua gen^o
 dicit^o errore postmodu^o p^ouicant^o
 In libris eor^o n^ota deludia
 h^o p^ouicant^o. Ad dicit^o cu^o n^ota
 quod si p^o maior^o p^ouicant^o gesta
 n^o uoluit. Aliq^oen^o ab^ostine^o p^ouicant^o
 dicit^o uoluit successue uoluit
 dicit^o h^o p^ouicant^o in lib^o s^ouicant^o
 teor^o ex^o dicit^o p^ouicant^o z
 dicit^o d^o d^o d^o d^o d^o d^o

sum^o. Sepe mala agim^o
 m^o. Passione interdū
 p^ouicant^o. Parua in ali
 n^ota maiora p^ouicant^o
 z ponderam^o q^o ab alijs
 ali^o de nobis sustinent.
 bene e^o recte sua ponder
 quod de alio grauit^o n^o
 homo suip^ous cura^o t^o o^o
 Et qui sibi diligere^o n^ota

A (a1r)

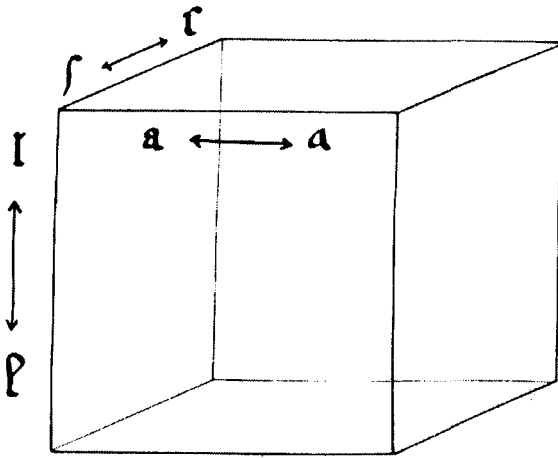


Figura 1

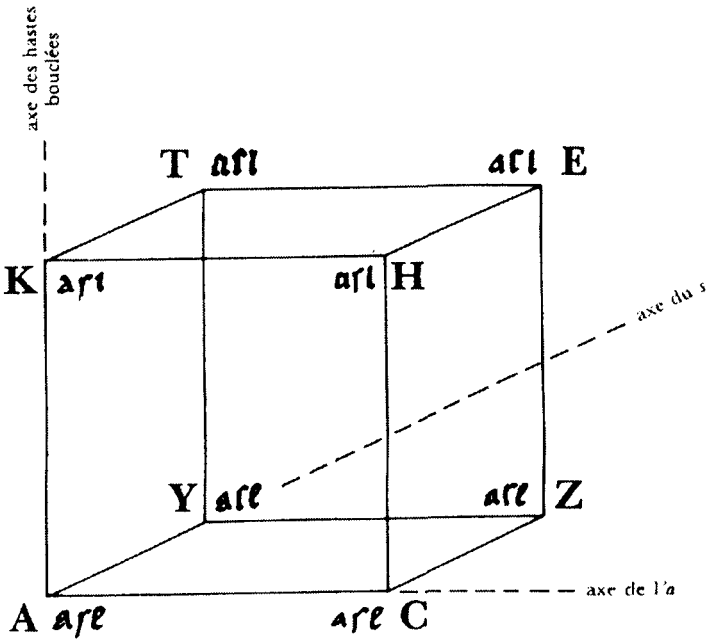


Figura 2

Figura 1 El "cubo" en su pureza conceptual.

Figura 2 El cubo con las definiciones indicadas en los vértices, y los "nombres" correspondientes a los puntos de las esquinas.

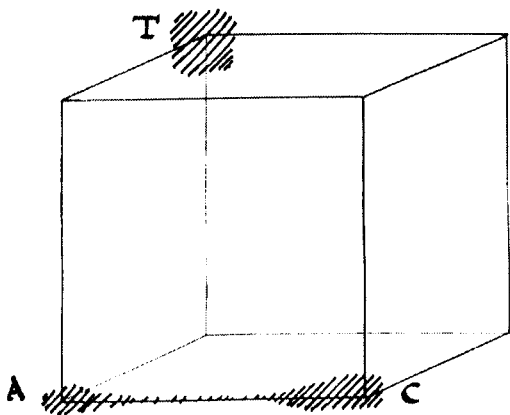


Figura 3a

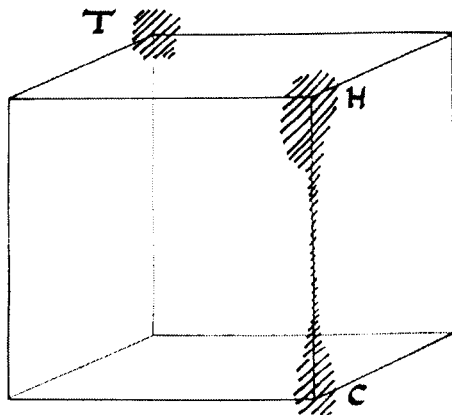


Figura 3b

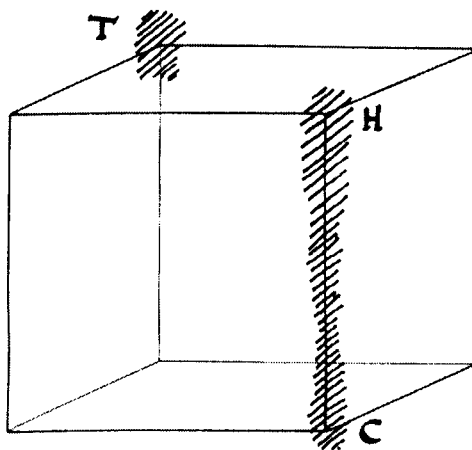


Figura 3c

Figura 3a El cubo con T y C-A representados, Países Bajos en el siglo catorce.
 Figura 3b El cubo con T y C-H representados, Países Bajos a mediados del siglo quince.
 Figura 3c El cubo con T y C-H representados, Alemania a mediados del siglo quince.

RESUMEN

Una descripción abstracta, casi matemática de una escritura no constituye por sí misma una descripción histórica válida. Pero precisamente porque es objetiva, precisa e inequívoca puede resultar un instrumento muy útil para la observación de la escritura y para la comunicación de resultados, y, finalmente, también para la comprensión de la escritura y de su desarrollo.

SUMMARY

An abstract, almost mathematical description of script does not itself produce a historically valid description. But just because it is objective, precise and unequivocal, it can be a very useful instrument to observe script and to communicate the results and, in the end, it can contribute to the understanding of script and their development.

RÉSUMÉ

Une description abstraite, presque mathématique d'une écriture ne constitue pas en elle-même une description historique valide. Mais précisément parce qu'elle est objective, précise et sans équivoque, elle peut s'avérer être un instrument très utile pour l'observation de l'écriture et la communication des résultats, et finalement, aussi pour la compréhension de l'écriture et son développement.

ABSTRAKT

Eine abstrakte, fast mathematische Beschreibung einer Schrift ist selbst keine historisch gültige Beschreibung. Aber, eben weil sie objektiv, präzise und eindeutig ist, kann sie ein wertvolles Instrument sein um Schrift zu beobachten und die Ergebnisse mitzuteilen, und letzten Endes auch zum Verstehen von Schriften und ihrer Entwicklung beitragen.